

¿Qué década perdida?

JORDI SEVILLA

EL MUNDO, MERCADOS, 17.01.10

El Nobel Paul Krugman ha puesto de moda la calificación de doble cero para la década recién concluida, al considerar que ha sido una década perdida en términos económicos para EEUU. A partir de ahí, no han faltado voluntarios que trasladan a España la misma valoración, considerando los primeros 10 años del siglo XXI español como perdidos o desperdiciados, insinuando una culpa del Gobierno actual, que habría dilapidado la magnífica herencia recibida del anterior Ejecutivo del PP, cuando lo cierto es lo contrario: el balance que se puede hacer de la década pasada no es malo para nuestro país, incluso si nos abstraemos del pequeño detalle de que hemos vivido la mayor crisis internacional desde la de 1929.

Todo análisis comparativo es discutible porque sus resultados dependen de dos decisiones: medirlo según la tendencia o el nivel, así como seleccionar las variables a utilizar. Un ejemplo de lo primero lo encontramos en los actuales datos de ventas de muchos sectores de los que se dice: «¡Son un desastre, nos retrotraen al nivel de 2006!». Pero si miramos las declaraciones que el mismo sector hacía en ese año, resulta que estaban contentos con las cifras que hoy le parecen tan malas.

La diferencia que marca el tono de las expectativas no es, por tanto, el stock, sino el flujo que era entonces ascendente y, ahora, descendente. Lo segundo obliga a comparar variables económicas relevantes que puedan reflejar con amplitud la realidad vivida por los ciudadanos.

Con estas dos advertencias, asevero que un análisis de la situación socio-económica de España en 2009, comparada con 1999, nos proporciona elementos sólidos para concluir que no ha sido una década perdida, en términos de niveles, incluso, a pesar de la recesión.

La población ha crecido en esos 10 años en seis millones y medio de personas, una parte importante de los cuales provenientes de la inmigración. Según la última EPA, en el tercer trimestre de 2009 estaban ocupadas 4.200.000 personas más que en el mismo periodo de 1999. Repito, a pesar de la fuerte destrucción de empleo experimentada en los últimos dos años como consecuencia de la Gran Recesión, hoy trabajan en España muchas más personas que al comienzo de la década.

La revolución femenina se nota en un mercado laboral que mantiene incorporadas como activas a tres millones de mujeres más que hace 10 años. Gracias a todo ello, y a pesar de tener 1.300.000 parados más que entonces, la riqueza nacional, medida por el índice PIB, es un 23% superior hoy a la del comienzo de la década. Aun incluyendo la fuerte caída debida a la crisis. Tenemos más sociedades mercantiles constituidas que entonces, el Ibex 35 está un poco por encima y exportamos más, por no hablar de los datos positivos vinculados a pensiones, sanidad o a la consolidación de nuestras multinacionales.

Si traducimos todo ello a personas, con nombres y apellidos, tenemos argumentos suficientes para evitar las jeremiadas, tan acordes con una parte de nuestro carácter nacional. Después de padecer una de las mayores tempestades financieras y económicas de los últimos 100 años, cerramos la década con mejores datos absolutos globales que los

existentes cuando se decía aquello de «España va bien». Y creo que es un esfuerzo colectivo del que nos tenemos que sentir orgullosos todos y no va ni a favor ni en contra de ningún partido, ya que durante el periodo han gobernado los dos con opciones para hacerlo.

Nuestro problema actual no es, pues, de nivel, sino de tendencia. La década transcurrida de este siglo ha estado lejos de ser una década perdida. Sin embargo, no estoy tan seguro de lo que ocurrirá en la década que estrenamos. Me temo que recuperar los niveles de paro existentes antes de la crisis nos llevará un periodo de tiempo más cercano a la decena de años, prevista por Funcas y otros expertos, que al lustro anticipado por el secretario de Estado de Economía. Como veo muy difícil que el déficit público retorne, antes de finales de esta década, al superávit preexistente.

A 10 años, si conseguimos evitar la trampa japonesa, la única perspectiva de los tipos de interés, respecto a hoy, será al alza, aunque sea de forma moderada. Y, pase lo que pase con las políticas de lucha contra el calentamiento climático, el petróleo tensionará hacia arriba unos precios energéticos en los que el peso de las energías fósiles seguirá siendo predominante.

La década preocupante para España es la que viene, marcada por la recuestancación. Por eso, me resulta incomprensible que la Memoria Económica de la Ley de Economía Sostenible, uno de los principales instrumentos puestos en marcha por el Gobierno para revertir esa perspectiva sombría sobre el futuro inmediato, calcule que la misma apenas si repercutirá en dos décimas anuales adicionales sobre el crecimiento del PIB, a lo largo de 10 años. Sobre todo porque mi

estimación personal es que su plena aplicación beneficiará a nuestra tasa de crecimiento anual en más de un punto porcentual, a lo que habría que añadir la repercusión favorable de una adecuada reforma laboral, sanitaria, de pensiones y educativa, como se ha anunciado. Con ello se demostraría la absoluta necesidad de las largamente reclamadas reformas estructurales, porque se acaban traduciendo, siempre, en más y mejor crecimiento económico, repartido de manera más equitativa.

Hacerlo es todavía más urgente ahora, cuando muchos creemos que coincide la recesión económica con signos preocupantes de agotamiento del modelo político de la Transición, lo que aconsejaría una revisión ordenada del mismo, incluyendo la reforma constitucional, ya que todo deterioro institucional (governabilidad, justicia, corrupción) o se frena en seco o tiende a acelerarse, repercutiendo negativamente en el bienestar social al destruir la confianza y la legitimidad colectiva.

Lo que suceda con la próxima década dependerá, en gran parte, de las decisiones que adoptemos ahora. Porque, si es difícil reescribir el pasado, una de las ventajas del futuro es que todavía no está escrito.